

Capítulo primero

Del formidable encuentro que el bravo don Quijote tuvo con el gigante Rocabruna.

A falta de castillo, que no lo había por esa tierra, se allanó don Quijote a tirar hacia un pueblo que cerea se mostraba, ~~sin mayor ni menor~~ ^{de} ~~intencione~~ ^{de} pasar en él la noche. El Marques de Mantua, dijo entre sí, no podía llegar a poblado; mas ^{era} ~~no~~ ~~razon~~ del juramento que hizo cuando halló muerto a Baldo-
vinos, ~~por obra de Carlotto~~. Yo que hasta hoy no juro nada, ~~respecto de entrar o no en aldea ni ciudad~~, puedo muy bien dormir por aventura ~~a sombra de teja~~, sin contravencion de las leyes de la caballeria. En este concepto, dió de las espue-
las a Rocinante, y por ahora no hubo dejar el camino a la voluntad de su caballo. Pero no des-
cubrió las torrecillas de plata, señor don Quijote, dijo Sancho Panza; mi mano chico ni grande ~~puede~~ ~~ta~~ en las almenas, que anuncie nuestra llega-
da con trompeta o bocina, como he oido a nuestra merced que sucede cuando a castillo llega caba-
llero. No es castillo, respondió don Quijote; mas no por eso faltarán ocasiones para nuestra profe-
sion. (Bonde ménos se piensa; salta la liebre: muy bien puede suceder que en este villorio se

2.

nos ofrezca menear la espada. Mire vuestra merced lo que hace, señor, volvió a decir Sancho: estos campesinos tienen la mano pesada, y son afeitos a saludar al prójimo con estacas o varapalos; ~~testigos los ganquiseses.~~ De tales bodas, tales tortas; y a bodas y bautizos no vayas sin ser llamado. Quedóse don Quijote una buena pieza entre sí se enojaba o se reía, ~~entre sí matataba o no a tan atrevido escudero;~~ y discurriendo que semejantes ^{razones} eran obra antes de sandez que de malicia, rióse por debajo de la visera, y dijo: Quié sandio te parió tu madre, Sancho, ~~y que mono eres por costumbre.~~ Las tortas no vendrían sin el pan pintado, y si bautizo hubiere en á donde vas con tu amo, el padrino será él. Pues yo tuve para mí, respondió Sancho, que era cosa de enredar nos en nuevas pendencias, de las cuales, señor mío, tengo más de lo que me gusta, y no deseo sino volver a la ~~seguridad~~ de mi casa, de donde maldita sea la hora que salí, y maldito este jumento que me sacó a cuestras, y maldita esta gana de medrar a costa de mis costillas. Y maldito ese flujo por quejarse, ~~don villano~~ gritó don Quijote, hinchándose de cólera: ~~no hay sino perdónaste una vez para que me causes mil enojos.~~ Quié costillas dices, descomulgado picaro? Como te fulte una, nada más que una, anado el reino de Tesalónica a la gobernacion que ya te tienes en el bolsillo. ^{La gobernacion} Tan gobernador soy como mi madre, dijo Sancho. Una hora la tuve, para morir me de

hambre, y ser asaltado y aporreado. Vuestra merced
 me anda siempre ofreciendo el reino, pero lo cum-
 ple Tudas. Primero que yo sea rey, me han de ahor-
 car cien veces. Y ofrecértelo yo y serlo tú, en qué
 se diferencian? No hemos quedado además en
 que tu hija será condesa, ya que por el enorguimen-
 to de su madre y nuestra suma facilidad de con-
 tentarnos con nonadas se deja de casarla con un
 principe heredero? Ponla á mi cuidado, y en mé-
 nos de lo que imaginas te la desuelvo nunea del
 Soldan de Babilonia. Es culpa mia si no tienes
 un manecito á quien ya pueda acomodar en el
 reino de Sicilia? Andate, Sanchezico, paso á paso, si
 no vienes antojado de algunas desas salutaciones
 que dejiste. Sirve á seños, y sabrás de dolor, respon-
 dió Sancho en tono de humilde lamentacion: tra-
 bajar dia y noche á pica seca; llevar en pacien-
 cia hambres, palos, manteamientos, y acabar á
 manos del mismo por cuyo ^{bien} interés ando molido....
 Los manteamientos no los llevas en paciencia,
 pues hace un año me bataneas con ellos: has de lle-
 gar á conde, y no has de poner en olvido esa mine-
 ria. Vuestra merced se contenta con llamarla mine-
 ria? volvió á decir Sancho: para la muerte que á
 Dios debo, nunea por mi pasó cosa más grave. La
 charcosquina de mis barbas en el sol; el irme por
 los aires disparado como con trabuco, y el rodar á los
 infiernos con el estómago pegado al espinazo, no son
 niñerías. Viendo quizá que su escudero tenia razon,
 concluyó don Quijote: en estos términos. Olvidar

es de pechos generosos: olvida, Sancho, y ve como ya llegamos á este lugar, donde te sustentari y confortari de modo que en una semana no hayas menester otro alimento. Eh, buen hombre, aña, dió, dirigiéndose á un transeunte, sabreis decir me qué palacio, castillo, ó real casa se destina en esta ciudad á los caballeros andantes?

No pregunta por meson,
Ni ménos por hospitali;
Pregunta por los palacios
Del rey Carlos á do estae.

Esta no es ciudad, señor, respondió el lugareño, ni hay aquí palacios ó casas reales. Como no vienen caballeros ni andantes, no habemos menester nada de lo, y vivimos como Dios es servido. Norabuena, replicó el hidalgo, con tal firmeza que rayaba en ira; por ahora viene caballero, y habrá, no solamente mansiones regias, sino tambien alcázares maravillosos, ~~sin villano!~~ Como le vió se tan armado y airado el campesino, tuvo miedo, y mostró las herraduras con tal prisa, que si don Quijote quisiera acometelle, no hallara ya sujeto. Paréceme, señor don Quijote, se puso á decir el escudero Sancho Panza, que vuesa merced con vino en tener por villorio este lugar; y áun se me acuerda haberle oido que no siendo castillo el á donde llegáramos, no podia haber enano, trompeta ni esotras zarandajas de uso en la caballeria an-

dante. Harandajas son las tuyas y las de tu parentela, respondió don Quijote, y no las cosas pertenecientes a mi profesión: destas, con más propiedad y respeto decimos usanzas, reglas o ceremonias. Sin esperar la réplica, cruzó la plaza del pueblo al difícil, disarmonico, inarmónico trote de su caballo, y como si hubiera conocido la casa del cura, se metió adentro por sus puertas. Un enorme dogo que estaba atado en el corredor empezó a tirar la cadena con broncos y profundos ladridos: al punto se le vino a la memoria a don Quijote la batalla de Tirante el Blanco de Proca Salada con el alano, y tendiendo el lanzon se le iba a fondo a la fiera, cuando el ama del cura, que habia oido así el tropel del caballo como el ladrar del formidable guardian, saltó afuera con antiparras y todo, y dijo: ¿Quién es el desalmado que viene a matar a mi perro? Las armas, la celada, el continente, en fin, del desconocido le tomaron de sorpresa, y se echó a gritar a todo su poder: Moros hay en la tierra! La santa Hermandad! La santa Hermandad! Acudió a las voces la gente del interior, y luego el párroco, quien se dejó estar suspensas ante heidped de tan peregrina ^{continencia} continencia. Holgárame, dijo don Quijote, de que esta dueña puese emperatriz o reina, a fin de que los principes sus hermanos o los barones sus vasallos me diesen cuenta de la sinrazon que acaba de hacerme. No en vano ^{carra} cargamos espada los pendantes, y así ^{corremos} corrremos al afligido en su cuita, como volvemos por nuestras pro-

~~pias e inalienables exenciones. Es por pesatura~~
~~usanza en esta Ducado e baronia tocar a somaten~~
 a la llegada de un caballero? No soy moro ni ladrón,
 ni se ha menester por ahora el auxilio de la santa
 Hermandad ni del demonio: lo que si puede suceder
 es que necesiteis del mio, nosotros los desvalidos, nosotros
 los encadenados, nosotros las viudas menesterosas,
~~nosotras las doncellas agraviadas. Sé ser cortos e de~~
~~razo que os torna cuando se padece ^{el} nombre y cali~~
~~dad de la persona a quien habedes puesto en la mex~~
~~quia de apollidar la tierra, como si fuera un saltea~~
~~dor, y no el agote de los saltadores y malacodrones.~~

Con tal rigor se expresaba el fantasma que la
 gente conventual tenia por delante, que nadie supo
 como respondelle, admirándole mucho por sus esta
 mezas, temiéndole no poco por sus armas. Vuelta de
 la suspension, el ama tenia ya la boca abierta pa
 ra echar por las de Paria, cuando el cura, hombre man
 so y prudente, tomó la palabra y dijo: Desta choza,
 señor, disponga vuestra merced ^{de lo que} ~~de lo que~~ ~~de lo que~~
 chero y una mala caína no han de faltar, ni el for
 rage necesario para su comitiva. Si vuestra merced
 piensa mantenerme de forrage, respondió Sancho Pan
 za, iré a buscar un palomino por donde Dios me
~~guare;~~ ^{guare;} ~~guare;~~ ~~guare;~~ ~~guare;~~ ~~guare;~~
 pues si no hay aqui olla para el amo, menos
 habrá biscrohuelos para el criado. El ocudero del andan
 te, repuso el cura, es atendido y servido al igual de su se
 ñor, y obligacion de todo el mundo atendellos y servi
 llos. El forrage se entiende para las caballerias; y así,
 podeis apearos luego, hermano, y tomar el pulso a la

hospitalidad desta casa. ~~Don Quijote habló de nuevo en estos términos: Ya ves, Sancho, los honores que se te dispensan en consideracion á tu señor, y cómo te hacedgad en donde quiesca. Apíate, y quitame estas armas, y bien pueden ellas mismas darse con rato de socio. Se ofrecen por aquí, señor abad, en quanturas en que pueda obrar un fuerte brazo? Si os oprimen gigantes; si piratas, bandoleros de otra clase de enemigos infestan la tierra, dígalo vuestra merced á don Quijote de la Mancha, y en ménos tiempo del que para ello en rigor se necesitá, la deya purgada y libre, que la habiten mujeres y niños sin miedo ni sobresalto. Gracias á Dios, señor, en seguridad vive uno aquí, respondió el cura; fuera de tal cual arigeato, no suelen ocurrir desmanes de mayor cuenta. Los hombres son de bien por estos contornos, y como por el trabajo lo necesario no nos falta, anda entre nosotros la bendicion de Dios, y vivimos contentos con nuestra suerte. Sintolo en el alma, repuso el caballero: bien hubiera yo querido que esta fuese una gazapina de ladrones, para exterminarlos desde el mayor hasta el menor. La paz, la paz ante todo, insistió el cura: si las virtudes heroicas valen en el mundo, las humildes, las pacificas abren la senda de la gloria, y por ella se van los escogidos. No porque yo siga la de las armas, replicó don Quijote, desconozco la excelencia de otras profesiones, ni el respeto que debemos á los buenos, los humildes, los justos: bondad, humildad, justificacion, espadas sin filo con que alcanzamos grandes victorias. Si el cielo no me hubiera destina~~

do para las armas, quien sabe si yo mismo no me acerco a la Iglesia, y a la hora de hoy lo pasara en la modesta soltura de una buena parroquia, en vez de andar por el mundo en ejercicio desta mi fuerte profesion? Si no ha vuesa merced a enojos el recibir en su casa a un caballero andante, incomodare a algunas horas en ella, principiando por recordar al ama de vuesa merced que de mil amores tomara un gazapillo el que no ha comido dia y medio. Señora Páscua! quitó el cura, mire vuesa merced como se nos llama cuanto antes a la mesa: nuestro huesped nos ^{menciona} con recordarnos que tiene hambre. Hambre no, dijo el hidalgo; ese terruño no conviene poco al presente caso: digase necesidad. Los de mi orden no sentimos hambre: comemos, y no siempre, sino allá cuando nos ofrece un festin la emperatriz o la reina a quien hemos vuelta a su trono, matando al gigante que se lo tenia usurpado.

En el interin el ama, llegándose a Laneho, habia hecho la siguiente averiguacion: Qué loco es este? es furioso? de dónde viene? ¿dónde va? cómo se llama? Ni se llama, ni va, ni viene, ni es loco ni furioso: entremétase vuesa merced en aderezar la cena, o por Dios que me voy al señor cura, si ya no hago que mi amo le responda en persona. No hagais tal, hermano, repuso la dueña, y vereis el banquete que os atino. Bastarán huevos frescos y una costilla de carnero? Anada vuesa merced un capon, y no me quedarán por reclamar sino las truchas. De dónde he de ir a sacar truchas a estas horas? Pondré garban-

zos: si esto no le satisfacié, llévese de agua. Agua en Es-
 paña, agua en España, se puso á repetir Sancho, pue-
 las las manos en la cara, dando infantiles brinqui-
 tes, artificiosamente encorvado. El ama dijo al verle:
 ¿Qué entremés estais representando ahí? Dejaos de co-
 medias, que no es burla, y si quereis comer, rapaz-
 me un poco de leña para la cocina. Sancho replicó:
~~Del moseatep le hago gracia á vuestra merced; del val-~~
~~deiglesia, ni si fuera el padre santo.~~ En esto don Qui-
 jote, que habia entrado á la sala con el cura, salió di-
 ciendo: Remis, hermanos? pependencias noramala? No
 no rino, señor don Quijote, respondió Sancho: esta
 mujer, sobre el hambre que tengo, me quiere ocupar en
 rajar leña, como si yo hubiera venido á su casa pa-
 ra solo eso. El ama dijo por su parte: Este hombre, se-
 ñor, ha tenido el atrevimiento de poner su mala
 lengua en su santidad, y aun le ha comparado con-
 migo. Aquietese vuestra merced, señora ama, respon-
 dió don Quijote; papisas ha habido en Roma. Y diri-
~~giéndo se á su ocurrencia:~~ Si supieras que uno de los grie-
 gos más ilustres no desdennó el ejercicio que rehusas,
 no te mostraras tan vano y levantado. Sabes quien
 fue Filopemen? Pues una dueña como esta, sabro los
~~antropos,~~ le puso á hacer leña, y él humildemente tra-
 bajo hasta quando su ejército llegaba. Y tú miras
 con desprecio lo que ese gran capitán hizo de tan buena
 gana? Diciendo esto, se volvió al cuarto, donde el cura,
 con gran serenidad y placidez, estaba contemplán-
 dole y admirando sus cosas. ~~Quedóse tal como fue Sancho~~
~~Rinza, sin saber si desfernarse con la dueña, ó tomar~~

callado el camino en las manos, y volverse á su pueblo. Pero una fuga así le parecia desdichion ignominiosa, y resuelto á esperar coyuntura más propicia, ~~se~~ ^{se} ~~amainó~~ y se ofreció á la casera para aquello en que quisiera ocuparle. Oiga, señor don López Méndez, dijo el ama, parece que ya se le acuerda á vuestra merced la maldicion de nuestro Señor: "Comerás con el sudor de tu frente?" No dije López Méndez, sino Filopemen! gritó don Quijote desde adentro. Cuanto y más, añadió Sancho, que esta buena señora está fuera de la maldicion que á ellas les toca; pues para su desgracia, si yo me veo obligado á comer con el sudor de mi frente, ella no parieris in dolorem. Y entonó estas palabras con un retintin que queria ser cancion.

Llegado el instante, cenó de bonisima gana don Quijote; pues si le sucedia no comer uno ó dos dias, en pudiendo se desquitaba sin ceremonias; se acostó temprano, y de un ~~tercio~~ ^{tercio} se llevó las dos terceras partes de la noche, por no haber dormido algunas de las anteriores, y por haber cenado más que medianamente; hasta que despertándose allá por las tres de la mañana, se dejó estar con el oido atento á un ruido grueso, desigual, sordo, por todo extremo ingrato, que salia de un rincón del dormitorio. Vió llegado el caso de una aventura, y con toda la sangre á la cabeza, saltó abajo, y se puso á gritar: Mi espada! mi espada! Donde estás, infiel escudero? acude, corre, mueta! Allí, allí, allí le veo: es el gigante Rocabruna que carga con esa hermosa y acutada doncella. Titan soberbio, non fuyades! para, atended, que un solo caballero os

es Rocabruna, mi gigante chico mi grande; es Juan Leon Focho, el sacristan: vuesa merced va à cometer una muerte infructuosa en menoscabo de su consciencia. Declárese vencido, respondió don Quijote, allánese à las condiciones que yo tuviere à bien imponerle, y le perdono. El cura repuso: No ha de estar vencido, señor caballero? No le falta sino el entierro, segun el estertor que le oigo. Tenia la lengua afuera el sacristan, cuando don Quijote le aflojó y le dijo: Us echais una cadena con argolla à la garganta y candado al pié; dejais que se os alongue la barba una terecia; revestis el más liguere traje; y con el pelo revuelto y banado en ceniza con el más humilde semblante, el paso más comedido tomais el camino del Tutozo Leon Focho habia cobrado ya algunos alientos: sin esperar el fin de la estipulacion, hizo una suerte, y se disparó como un rayo por ese patio. Quisiera seguirle don Quijote, mas viendo que seria diligencia excusable, se volvió al cura, y dijo: Para que vea vuesa merced lo que es agradecer à villanos. Fenga yo aquí à Rocinante, y le habia de seguir, coger, matar y escarmentar, aun quando se precipitase por Despena perros. De hoy en adelante será mejor acostarme à caballo, pues así que desmonto se me van los más peligrosos malandrines. Y esa buena pécora de Sancho; donde está? qui hace? cómo no acude à tenerme el estribo? Su velar es el dormir, su trabajo el descansar. Véame yo en condicion de hacerme de mejor escudero, y pongo à un lado à ese flemático villano.

Capítulo II

13.

Del razonamiento que hizo el Ingenioso Hidalgo, y de las cosas maravillosas que juzgó fáciles de suceder y aun tuvo por verdaderas.

Entre satisfecho y no de su aventura, volvióse á la cama don Quijote, por no haber cosa mejor en que ocuparse. Fendido en ella cuan largo era, los ojos abiertos y la nariz derecha, desparvió el pensamiento y dejó ir la imaginación á rienda suelta por los floridos campos de la dulce quimera, donde su desnivelado juicio solía pasear, se por entre fantasmagorías risueñas, las cuales eran para él más positivas que cuanto hay cierto en el mundo. A este paso, decía entre sí, no tardaré en dar glorioso fin á mis aventuras con la palma que en justicia se me debe por mis altos hechos. Si en ménos de lo que para santiguarme necesito he consumado la más árdua empresa que á caballero estuviere encomendada, combatiendo, y poniendo en huida á ese gigante, ¿quién me resistirá después? cuál paladín usará levantar contra mí la espada? qué jayán no obedecerá mis órdenes, antes que exponerse á mi justa cólera? ¿Dónde está el puente levadizo que no caiga á mi presencia, el castillo que no se abra, la fortaleza que no se rinda sin condiciones? Vea

mos la ciudad que me cierra las puertas, el baron que me sale al paso, el rey, emperador o soldan que no me ofrece la mano de la princesa primogénita? Ahí son un grano de anís las fiestas que en obsequio mío han de celebrarse en la corte á donde yo llegare: príncipes han de justar, cañas se han de romper, infantas se han de afligir amorosamente por el caballero venido de tan buenas tierras. Qué instrumento suena al pie de mis ventanas?

Media noche era por filo,
 Los gallos querían cantar:
 La princesa con amores
 No podía descansar.

La voz no puede ser más tierna, ni más significantes las palabras de la que en tan lastimera canción me está declarando el achaque de su alma. Cálledes, hermosa doncella: la jé jurada á otra señora alza una pared de cal y canto entre la vuestra, hermosa y este acendrado caballero; y por mucho que me duela vuestra cuita, no me es dable sino aconsejaros penseis de modo más acorde con la esperanza que el amor suele traer consigo. Hija de reina al fin, grandes son los merecimientos que reconoces en voz, señora mía; y así y todo no puedo blandear, no siendo como no sería memor la ofensa por que fuese de tan real protapia la competidora de la ofendida. De lo íntimo del corazón vos salen esas equisidadas razones, bien lo veo, y por lo mismo estoy de vos compa-

decido; mas compadecer y ceder son diferentes; y tan cerca me hallo de emplear mi espada en honra vuestra, como lejos de acordaros mi una minima en este fiel corazon mio. Para huir las seducciones del amor, el apasionado amante se transporta en imaginacion a otros lugares, donde acontecimientos no ménos adecuados a su profesion le ocupasen las horas; y sin dificultad se vio luego en las más de comunales batallas que su desatino le presentara nunca a los ojos. A bien que, se dijo, el soldan de Egipto hace la guerra al de Babilonia: desde aqui veo la morriña del segundo y el alborozo del primero, al saber que el invencible don Quijote de la Mancha ha puesto los piés en esos reinos. Los cortesanos de mi aliado vienen a mi encuentro: suenan las trompetas, desmóntanse todos por respeto mio; el principal expone su embajada en estos términos: Dichosos la hora y el dia en que nacisteis, oh caballero, terror de los fuertes, apoyo de los flacos, azote de los soberbios: dichoso el sol que primero os vio en el mundo, el aire que respirasteis cuando, delicado infante, un misterioso presentimiento anuncia, ba a la tierra que la honra y gloria de la Mancha era nacido. El soldan mi señor me envia a vos, invencible caballero, a deciros que sus dominios están a la vuestra disposicion, y que hagades dellos a nuestra quisa y talante, sin más pecho que le habeis de ayudar en la guerra que trae con el de Babilonia; o por mejor decir, que la vuestra invencibilidad lo ha de hacer todo, y cuando la

victoria hubiese coronado esas altas sienas, se-
 rá vuesa merced muy dueño de declarar sus vo-
 luntades. El señor don Quijote de la Mancha ve
 aquí este carro del cual tiran estos cuatro unice-
 rnos: vuesa merced lo ocupe ahora, y descansen y
 cobren alientos Rocinante. Entrad, señor, en paci-
 fico triunfo a la capital deste imperio, cuyos prin-
 cipes a sus puertas están atendiendo al más va-
 lieroso de los caballeros y más conseqüente de los
 enamorados. Luego se veía el hidalgo en el carro
 triunfal, circuido de la nobleza del imperio, entran-
 do a la ciudad en medio de un ejército innumera-
 ble, cuyo gobierno a él estaba encomendado. Des-
 cansa poco, llega el día del pelear, embiste al ene-
 migo, su espada centellea, silva en el aire, lanza
 sanguíneos rios, y en su herir continuo rompe,
 destroza mata, acaba con los enemigos escuadro-
 nes. Rocinante anda ese día más listo que Ba-
 rreca, más pujante que Brilladoro, más veloz que
 Rabicán: alza las manos juntas y satta sobre
 montones de cadáveres: su cuello largo y exten-
 dido se ha enroscado belicosamente en esta oca-
 sion: su oreja parada y atrevida apunta al ene-
 migo: su cola va derecha sobre el anca, las cerdas
 flotan en forma de pendon guerrero: la crin se le
 vanta en esponjamiento hermoso: ora aquí, ora
 allí, vuelta por donde quiera el bruto heroico, mien-
 tras su caballero mueve el brazo y amontona
 muertos sobre muertos. Valame Dios, y cómo pon-
 derar el fuego con que la imaginación de don Qui-

jote le representaba estas hazanas, y la alegría de su pecho al verlas por delante reales y positivas! Él ha muerto de su puño y letra al soldan de Babilonia, quien cayó partido en cuatro de un solo pendiente; él ha desbaratado los ejércitos enemigos; él ha puesto en fuga los restos que quedaron con vida, y se anda volando por el campo en medio de torbellinos de polvo que levantan los caballos sin ginetes, como sucedió en la batalla de Hacinas, en la cual

Salía muy mucho caballo vacío con mucha silla;
y en la otra donde se veían

Tantos buenos caballos sin sus dueños andar.

Leí mucho, iba diciendo don Quijote, que yo desahaga esos ejércitos? Roldan con ocho compañeros acomete á las innumerables huestes del rey de Tartaria, hiere, destroza, arruina, y á pesar del mundo entero encierra en Albraca á Angélica la bella. Rugero hace trizas de un solo golpe á cinco paladines, y ahuyenta todo el ejército de los griegos. Amadis de Grecia mata con su mano en una batalla quince gigantes y diez reyes coronados. No paraban aquí los devaneos del pobre don Quijote: después de la victoria en el campo, viene el triunfo en la ciudad: el vencedor entra hombro á hombro con el rey en medio de salvas de artillería y repiques de cam-

panas: las paredes están cubiertas con receltes pri-
 morosos de seda carmesí: las hermosas señoras
 de la corte se hallan en sus balcones, y cada cual
 echa sobre el caballero la guirnalda de flores que tie-
 ne en la mano: pagecillos catalgando en cebras,
 enanos nunea vistos sobre licorinos y girafas, me-
 gras vestidas de grana caballeras en arvestruces,
 van delante de los vencedores, tamendo arpas de
 marfil y otros maravillosos instrumentos. Slega-
 dos al palacio, hay un banquete en el cual sirven
 gentiles hombres que poseen las mayores dignida-
 des de la corte; pero no antes que el barbero del Sol
 dan hubiese hecho la barba al héroe del día en ~~un~~
 una purísima jofaina: las suaves manos de dos
 apuestas y principales doncellas le enjugan el ros-
 tro con hazalejas que para sólo él ha bordado una
 maene egipcia. Viene luego una túnica de seda, la
 cual se ciñe con un cingulo ancho como la mano,
 sembrado de inestricables y elegantes nudos de per-
 las, zafiros y jacintos, cuyos fulgores vuelan en for-
 ma de pequeños y juguertonos iris. Sobre esto le ~~se~~
 echan un manton de escarlata que le concilia aspec-
 to de emperador, y da fuerza a su majestad y garto
 naturales. Sus plantas oprimen la más suave y
 fina alfombra de Cochemira: sillones gigantescos
 que giran sobre ruedas de plata, adornan sus apo-
 sentos y les dan el conborte que se ha menester,
 al pass que en las mesas se gallardean grandiosos
 vasos del Japon y de la China, reptetos de mil
 desconocidas olorosas flores. Pero llega el conflicto:

¡Cielos! cómo salir del paso? La hija del Soldan es, tá perida de punta de amor, y tanto su padre como los físicos sabidores del reino la tienen por muerta, sino se remedia su pasión con un pronto matrimonio. ¿cuán terrible fué la guerra que en el pecho de don Quijote se hicieron dos clases de encontradas y poderosas razones! Por una parte el escutiverio en que le tiene su señora Dulcinea, la juraada á la hermosura sin par, estrella y norte de sus pensamientos; el estrecho deber que le corre de cumplir su palabra de caballero andante, con mandola reina ó emperatriz: por otra, la necesidad de salvar la vida á la hija del Soldan, su gran amigo; la obligacion de corresponder con un acto generoso á la magnánima acogida que en la corte se le habia hecho; el agravio, en fin, que á todo el pueblo irrogaria, dejando extinguir la familia imperante, con la muerte de la única hija que el cielo ha concedido á este Soldan. Don Quijote ha resuelto prestar blando oído á las quejas de la ~~ra~~ apasionada infanta, á fin de salvarle la vida, y hacer de modo que lentamente, con mucha sutileza de su parte, se cure con el desengaño; pues sucede que pasado el primer impetu, las llamas del ~~ra~~ amor son apacibles, y poco á poco va tomando pie en el corazon el óvulo, si no hay quien eche leña al fuego. Solo para don Quijote era la conetancia; solo su amor era inmortal; él amaria aun cuando los encantadores le convirtiesen en cuervo y le hiciesen vivir doscientos años. Curada la

princesa, era su ánimo coronarse emperador de Babilonia: ¿quién se opondría á que pudiese en ejecución este designio? no se le debía de puerco el reino conquistado por la puerza de su brazo? ¿cuán reprehensible y digna de castigo no sería la conducta del Soldán de Egipto, si pretendiese disputarle el fruto de la victoria? Pero se atrevería á ello? no temblaría de irse por el propio camino que su di-
 junto enemigo? Nadie lo duda. El invencible don Quijote toma posesion del imperio sojuzgado, y envia sin pérdida de tiempo una embajada á la sin par Dulcinea del Toboso, á rogarle humildemente acepte la corona que para ella ha ganado con su espada. No faltará, añadia en pensamiento, una comareca á lo largo del Euphrates que dar á regir á mi escudero: Amadis de Gaula hizo señor de la Isla Firme á Gandalín: el caballero de la Ardiente Espada confirió el título de duque, y dió el señorío de Argantadel á Ordán, uno de sus criados, despues de haber hecho grandes mercedes á Emerif. Yo que no les voy en zaga á esos famosos andantes por lo que toca á las hazanas, no he de ser para ménos en orden á las bondades.

Aquí estaba de sus ilusiones, cuando las campanas tocaron el avemaria, y un rayo de luz pálida e informe anunciaba la aurora, entrandose por las rehendijas de la puerta. Alzóse don Quijote, y en voz imperiosa llamó á su escudero, el cual, despues de nueve horas de profundo

sueño, era regular se sintiese descansado y listo para todo. Haciendo peine de los dedos, se levantó el pelo al rededor de la cabeza, y satisfecho de su tocado, vino a saludar a su abno y preguntarle si no seria más conveniente ponerse en camino, despues de almuerzo.

Capítulo III

22.

Que trata de los sucesos conseqüentes á la gran batalla nocturna, y la galana despedida que hizo nuestro cortés caballero.

El primer cuidado del cura fué volar á impedir la intervencion de la autoridad pública, que advertida por el gigante, haria sin duda por saber lo cierto del caso. He de lástima del pobre loco, ya temiendo su resistencia, que de seguro habia de ser á capa y espada, tuvo por mejor descartarse de tan peligroso amigo por la via más pacífica, que era dejarle ir sin averiguacion ninguna y lo más pronto posible. Por la plaza venia, con efecto, el alcalde seguido de dos correchetes y de Leon Focho el denunciante, con vara alta de justicia, resuelto á hacer un ejemplar, aun cuando tuviese que haberlas con un duque. No ha menester nueva merced por ahora esos aparatos, le dijo el cura desde lejos: es un viandante sin cascos que no hará daño mayor. Si le exasperamos, va á revolverlo todo, y ha de matar tres ó quatro ántes que le prendan. Puego á nueva merced supra que las cosas se vayan por su curso, pues le dijo armándose para montar, y no tiene semblante de volver á incomodarnos. Como entónces venis con vuestra embajada de parte del señor cura? dijo el alcalde á Leon Focho, que ahogado estaba mirando al suelo: segun se me trasluce,

no ha habido heridas, robo ni tentativa de incendio. Le dijo mi compadre: preguntó el cura: gracias a' Dios, las cosas han pasado sin sangre ni juego, y sobre una ligera presión y mucha bulla, no ha habido cosa que valga la pena. Ligera presión, señor cura? respondió el sacristán: no se hace más para ahorcar a' un hombre. A mí que me ha crecido la lengua una cuarta se me debe preguntar si la presión fue o no ligera, y si las cosas han pasado tan bien como afirma vuestra merced. Paciencia, hermano, repuso el cura, y dad gracias al cielo de haber salido con vida: por las vociferaciones y amenazas del caballero, yo os tuve por muerto cuando caisteis en sus manos, y buen trabajo me costó sacaros dellas: según apretaban, mucho ^{habéis} ~~han~~ resistido, compadre: no es poca fortuna salir tan holgadamente de tales aprietos. Se envió ^{a' vuestra merced} los derechos de la primera mortuoria que tengamos, como indemnización de daños y perjuicios. Aquietese, y no se muestre a' su vencedor: si él le reconociera, señor gigante Rocabruna, volveremos a' las andadas, y en otra no respondo de que no quede vuestra merced sin habla para siempre. El tono chocarrero del cura templó la seriedad del juez, sobre quien ejercía gran influjo. En cuanto al sacristán, se dió por satisfecho con el desagravio de los derechos parroquiales y, todos acordados, volvióse el alcaide con sus alguaciles, mientras el cura y el sacristán ganaban el convento. Don Quijote estaba ya armado de pies a' cabeza, y Sancho Panza entremía en las cabalgaduras, mohino tanto cuento por haber salido mal en su pretension de no partir

sin haber hecho algo por el cuerpo. Tras que te escondes cuando necesito de ti, le habia dicho su amo, vienes a pedirme que comer tan de mañana, escude-ro sin puntonor? No te dije que ibas a yantar para muchos dias, y que en una semana no habria concebir idea de almuerzo ni merienda? ¿Dónde estabas anoche, don valiente? Mientras el caballero concluye la más terrífica aventura que constan en los anales de la caballeria, el escudero metido en su concha como una tortuga, o corriendo más que una liebre, sin pensar en las obligaciones de su empleo, cuales son pasarle las armas, tenerme el estribo, y los otros menesteres para que se os desca en el curso de los acontecimientos? Si vuestra merced estaba durmiendo en santa paz, ¿qué estribo le habia yo de tener? respondió Sancho. Bien sabe el señor don Quijote que no me aliento en los peligros, y que juntos andamos recibiendo el pan y el palo: si él no tiene por mejor dejarme solo, como sucedió cuando lo de la manta. Deja que yo sepa en lo que estabas, y vuelo allá, y te arranco de las manos de los judíos a través de las siete murallas de Jerusalem. ¿Tú sabes si tardé, y si fué culpa mia que ya te hubiesen acomodado con lo que dices. Aun no te miras satisfecho; pues vamos allá ahora mismo: nada han perdido por haber esperado esos malandrines. Sancho dijo: si pudiera yo ahorcarlos uno por uno, como quien no dice nada, anda con Dios; mas primero que vuestra merced castigue a uno de esos felohes, me han de apalear con veves. Bien está San Pedro en Roma: los agrarios recibidos,

olvidados; en cuanto a los que están por venir, hare
 mos por reservar el cuerpo. Come poco y cena más,
 ponte en salvo y vivirás, rezan por ahí las viejas al
 fuego, señor don Quijote. Ahora dígame vuesa mer-
 ced, ¿sucedio algo anoche? Por la cruz con que me san-
 tigo, no he visto nada, ni en sueños he presenciado
 la menor pendeñcia. Qué habias de presenciar, cano-
 nigo. La casa se viene abajo, y tú nada sientes:
 desafío, arremeto, destrozo a' un fiero gigante, y tú
 nada oyes. Pues te sé decir que mejor estarás en tu
 insula comiendo y durmiendo a' tu sabor, que por
 estos mundos donde se ha de mover la espada a' ca-
 da rato. Puedes renunciar desde ahora a' mayor en-
 grandecimiento; ni conviene dar un reino a' quien
 no lo sabria regir ni defender. En esta sazón en-
 trata el cura: La vuestra cortesia, le dijo don Qui-
 jote, me vuelve su deudor perpetuo; esta mi buena
 espada hará ver si soy hombre agradecido. Tiene vue-
 sa merced tuertos que enderezar, agravios que des-
 facer? Pues al caballero a' cuyo cargo están los gran-
 des pechos. La honra de haber tenido a' vuesa merced
 en mi casa, respondió el cura, es mi timbre y mi
 recompensa. Doble era mi obligacion de servirle,
 en cuanto soy cristiano, y en cuanto a' los caballe-
 ros andantes les son debidos todo género de come-
 dimientos. Confio en que el señor don Quijote no
 me dará la pena de verle partir sin una repae-
 cion? Todo lo que sea comer y dormir es pérdida
 de tiempo, señor cura, y con ella depraudo a' los ne-
 cesterosos de la asistencia que sin cesar les debo.

Quiera un ligero desaguino, insistió el eclesiástico: la portaleza del espíritu no se sostiene sin el necesario confort del cuerpo, y nadie más que el batallador ha de ir alimentado. Mi alimento es el aire que respiro, señor cura; mi fuerza nace de mi profesión, y para ser quien soy no necesito comer todos los días. Pero ruego á vuestra merced por la misa, que della pienso y debo aprovecharme. Los más famosos paladines, si se acuerda vuestra merced, no omitieron en ningun caso este deber religioso: ténigis Leandro el Bel, Amadis de Gaula, don Belianis de Grecia, Floramor, el caballero del Febo y otros muchos. Don Belianis fue tal, que no se halló otro caballero de la propia sanctidad, tanto que en ella "á los más apartados monges excedia". Y no ha olvidado vuestra merced que en el precinto de la gran batalla que se daban el emperador de Roma y el rey de Gaula, "la gente se comenzó á armar, é á enillar los caballos, é por las tiendas á oír misa, é cabalgar todos, é ir para sus señas". Quando iban á venir el caballero del Cisne y el duque Rainer de Sajonia, oyeron misa en el altar de San Ramiro; la cual diligencia no excusó tampoco Godofre de Bullon, ántes que desagradiarse por el acero á la doncella desposada por Giti de Montefaleon. De tal significancia ha sido en todo tiempo este hecho, que no ha parado en ser costumbre, sino ley, supuesto que los estatutos de la más caballeresca de las órdenes militares dicen: Que el caballero de la Banda haga mucho por oír misa en la

manana, pudiéndola haber, porque le ayude Dios en su caballeria. Mi Dios y mi dama ha sido siempre la divisa de los andantes caballeros; y si es de esencia de la caballeria el que vivan y mueran enamorados, lo primero es rendir al Todopoderoso el debido culto, pues sin el respeto á la Divinidad, valor y valentia fueran quizá en nuestro propio daño. El buen caballero es buen cristiano ante todo, sin lo cual faltaria á su encargo, que es el ejercicio de las buenas obras por la espada.

Maravillado via el cura tan buenas razones en boca de uno á quien no habia concedido mucho juicio, y en su opinion mejoraba su huésped cada instante. El ama que ganó la iglesia ántes de la aurora, se estuvo ahí á esperar que se partiesen los peligrosos forasteros; y como en saliendo, ya bien alto el sol, viese dos ginetes que á buen paso se ~~se~~ alejaban del pueblo, les tuvo por sus huéspedes, y con el corazon vuelto á su juicio, entró al cuarto del cura diciendo: Por fin se fueron esos demonios? Si el diablo oye mis preces, no han de pasar tres dias sin que cargue con ellos. En esto vio á don Quijote hacia la esquina de la sala cubierto de sus armas, el cual con gentil continente le dió rostro y le dijo: Si á ese santo tiene vuesa merced costumbre de encomendarse, no me admira que sea tan inhospitalaria y malqueriente. Le pesa haber dado por una noche abrigo al volador de las mujeres? Si eso hay, nada más cierto que tiene pacto con el que acaba de nombrar. Santísima Virgen! es

clamó la dueña, traziéndose en el pecho una cruz de primera clase; yo pacto con el enemigo. Se engaña vuesa merced en ambas cosas. Si tal dije, fui por unos malditos arrieros que alojamos anoche, cuyas bestias han vuelto la casa una conjujion, y no me han dejado pegar el ojo. Sancho! gritó don Quijote, Rocinante y el rucio han tomado parte en la rixa que dice esta señora? No tienen cara de haber hecho maleficio, respondió Sancho: á lo ménos éste es de tan buen genio, añadió palmeando al asno, que parece haber ayunado anoche sin que darse, y aun sin bostezar. Como la dueña llevase á mal este decir de Sancho, entre él y ella se trataron de ~~palabras~~ ^{palabras} y se repuntaron de tan buena gana, que se echaran mano á las barbas, si don Quijote y el cura no les tirasen la rienda. Señora Basca, dijo el último, no pierda vuesa merced ocasion de camarar con este hombre. Silencio, y no haya más, que es hora de misa. La cual oída con mucha devocion por don Quijote, despidióse éste del párroco, suplicándole no le olvidase en sus oraciones. El ama le cobró carino de un rato á otro, al verle tan bien intencionado, y tan amigo de la iglesia; y así, temiéndole, no ya por loco de remate, sino por hombre que podía ser útil en cualquier tiempo, no economizó demostraciones de consideracion el rato de la partida. Oprecióle el caballero satisfacerla, si alguna merced queria pedirle; ó quejarsele de algun agravio. La dueña mostró contentarse por entonces con recomendar á su bondad un entenado que dijo te-

mer en Buitrago, para que le favoreciese siquiera
 con sus conceptos, si el acaso les hacia topar en al-
 guna parte; pues era aquel, digo, un polizonte muy
 ingrato, desos para quienes los favores son males
 de que se vengan sin remedio, cuyo corazon perverso,
 so se halla siempre listo a irritarse contra los bu-
 nos, y tanto más cuanto más honradas y nobles
 sean sus acciones. Pero al fin y al cabo, amadió
 la pobre vieja, le he tenido en casa, y si no quisie-
 ra verle muerto, no me pesara verle corregido. Co-
 mo se llama esa buena ropa? preguntó don Qui-
 jote. José Mariano, para servir á vuestra merced.
 Entre mis obligaciones está el castigo de los mal-
 agradecidos: yo le he de buscar y hallar, y no pa-
 ra darle tortas y pan pintado, sino para entregáros-
 lo compuesto. Ya no está el alcaicer para ramponas, re-
 plió el ama: maduro es el perillan más de lo que con-
 viniera para una nueva erianza. Cuántos años
 tiene? Para mí que le conozco, respondió el ama, frisa
 con los sesenta; aunque él, si le aborresen no confe-
 saria más de cincuenta y nueve. Luego no es un
 mozalbete calavera? volvió á preguntar don Qui-
 jote. Mozalbete? Vesete, ya puede ser: casado in ar-
 tículo mortis; viudo muchos años; la cabeza, como
 la palma de la mano. Y atribuye á sabiduría es-
 ta última calidad: al César lo que es del César:
 mi entonado sabe tanto como el cargador deste
 buen escudero. Eso importa poco, repuso don Qui-
 jote; cabros y tontos puede haber que no merezcan
 ir á galeras; y si á mi profesion incumbe castigar

le y quitarle la bellagueña, contra la tontera y la calorcie nada pueden los caballeros andantes, que mes suelen quitar barbas, pero no dárselas a nadie. El toque está en obligar a ese bellaco a ser bueno, modesto, comedido, generoso, y allá se quede más pelado que una calabaza. La cabellera es una recomendación en el sexo seductor: la posteridad no mira en nimerías: como nuestro entonado sea verídico entre otras cosas, le pase la tontuna. Ningun caballero ha de decir uno por al, ca la cosa del mundo que más envilece al caballero es decir uno por al. Esta merced tenga por cierto, replicó el ama, que la verdad misma, como pase por sus labios, se convierte en mentira: cuando ha rendido el sol y hecho pedir misericordia a cuatro malandrines; cuando ha recibido esquadras de duques, y aún de reyes; ~~de~~ayer le sorprendieron con la marquesa Tal; hoy ha venido a él una duena muy reverenda enviada por una gran señora.

Estabase el conde Dirlot,
 Sobrino de don Beltrame,
 Asentado en las sus tierras
 Seleitando en cazar,
 Cuando le vinieron cartas
 De Carlos el emperante,

dijo don Quijote, y añadió: Esa duena sería la duena Quintanona? Esa dijo, respondió el ama. Don Quijote que no dejaba pasar recuerdo caballeresco,

dedujo esta conclusion: A la cuenta la señora que
hacia él le mandó fue la reina Ginebra. Yo le haré
ver que miente como bellaco y mal nacido, ó no soy
el que tiene cargo de volver por las señoras agravia-
das y las princesas ofendidas. La reina Ginebra
dió en que merecer á su marido el rey Artés, es
mucha verdad; mas en quanto á haber engañado
tambien á Lanzarote, nadie lo diga que no quiera
caer en mis furiosas manos. Es vuestra merced
quién ha criado á ese mancobo? Cuando me casé
con mi difunto, respondió el ama, su hijo era ma-
yor que yo, y desde el primer dia empezó á tratar-
me de vieja. Hum.... dijo el hidalgo: déjemelo vue-
stra merced, y lo menos que haré de él será un hon-
rado tagarote. Agradecióle por extremo la señora,
pero le rogó no le matase del todo, caso que se le su-
biese á las barbas. Sancho que habia asistido en si-
lencio á esta averiguacion, no pudo abstenerse de
decir: Pareceme, señor don Quijote, que vuestra mer-
ced pidió encarecidamente al gentilhombre de la
princesa Micomiconia le diese la receta de pe-
gar barbas, para lo que se le pudiera ofrecer en
las aventuras: de pegárselas á quien se le han cai-
do á darlas á quien no las tiene, no va mucho; y
vuestra merced acaba de ^{distener} ~~proporcionar~~ que no es de su per-
tenencia el dar barbas á nadie, sino el quitarlas.
Clavó don Quijote una mirada de reprobacion en
su escudero, y dijo: Si pedí aquel método, no fue por
que lo necesitase para mis caballerias, sino porque
me pareció curioso el secreto de volverle á uno sus

barbas, y dejarle tanto y aun más barbado que un
 profeta. Respecto del quitarlas, bien sabes que ya pu-
 diera componerse un museo con las que he arran-
 cado de cuajo, o hacer colchones dellas para todo un
 hospital o una copradia. Gustóte a Sancho la especie
 de hacer colchones de barbas; mas como no enten-
 dió lo del museo, se lo hizo explicar por su amo, y di-
 jo: De ver sería eso: aquí las de Mifanfaron de Fra-
 pobana quindadas en un clavo de oro, luengas, lá-
 cias, peinadas; allí las de Calaiculambrío, enrosea-
 das y cienicientas como un mudo de torcazas; más
 allá las de Pentapolin del arremangado brazo, tie-
 sas y amenazantes. Éas no! interrumpió don
 Quijote: Pentapolin es mi amigo y aliado: yo soste-
 go sus barbas, no se las quito, ni permito se las qui-
 te nadie. Él defiende a su hija contra la codicia de
 un pagano desahorado, y por la fe de quien soy le
 he de sacar a paz y a salvo, aunque vengan con-
 tra él todos los ejércitos de Agrican. Pueden entre-
 las de Estapaliscardo del Bosque, padre de Minulina, si
 vuesa merced no lo ha a enojo. Las de Espartafilas-
 bo del Bosque, no solamente pueden, sino también
 deben entrar, amigo Panza. Y las del mago Jregon,
 enemigo de vuesa merced, van fuera de la cuenta?
 Dispon dellas, si bien no se las he quitado todavía;
 pero si no es hoy, será mañana; tanto me da que
 el hechicero las guarde un día más; a no ser que,
 como Sansón en la cabellera, tenga él su virtud
 en las barbas, en cuyo caso hoy mismo se las
 quito, y le dejo mondo y lirondo como un recién

nacido. Solo si, en la inscripcion que pongas bajo dellas, no has de decir Fregon sino Friston. Ahora pues, olvidas las de Rocabruna? Esas, señor, se guardarán en una caja de plata, no sea que el tiempo, envidioso de los triunfos de vuestra merced, las haga caer en polvo. La dueña que habia escuchado sin moverse, se animó á preguntar á don Quijote: ¿y las de mi entenado, señor caballero, no entrarán en ese museo? No ha dicho vuestra merced, respondió el hidalgo, que es mondo y liso como una calabaza? La cabeza, señor; la cara, con perdon, es un lomo de gairnó. Si es incorregible, repuso don Quijote, entrarán, y con orejas y todo.

En esto volvió el cura, que se habia retirado para algunos quehaceres de su ministerio, y despedidos definitivamente, montaron los andantes, y salieron del pueblo, no sin llamar la atencion de la gente, que los contemplaba entre admirándose y riendo, hasta cuando se hubieron perdido de vista por el campo.

Capítulo IV.

34.

De la batalla aérea que dió nuestro caballero y de los enemigos inviribles que venció y destruyó con su muestra valentia.

Por el camino real adelantaron un buen trecho, espiondo don Quijote el primer atajo para en-
zargarse á derecha ó izquierda, pues era punto esen-
cial de las aventuras seguir el acaso, y buscarlas
por donde nada tuviesen de comun. Tanto de silen-
cio Sancho Panza, no pudo más con él, y apesar del
peneativo y austero semblante que llevaba su se-
ñor, lo hubo de romper diciendo: ¿Qué diablo tendrá
en el cuerpo esa maldita dueña para ser tan ha-
bladora, señor don Quijote? Debe de tener á Belse-
bud, que es el diablo de las dueñas, como lo tienes tú
mismo, porque tambien es el diablo de los escuderos.
Y el dicho Belsebud no está solo en nosotros; para ha-
ber reñido tanto, preciso es tengais en medio de las
carnes á Frangel, diablo de la camorra. Por qué andas
siempre á malas con las dueñas? Tal puede haber
entre ellas, que te venga como de molde, supuesto el
fallecimiento de tu esposa. ¿No casarame con dueñas,
señor don Quijote? Si tuviera la desgracia de per-
der á mi mujer, me dejaria morir de pesadumbre,
antes que darle la de verme unido á otra. Ahora
dígame, señor, para el caso de que yo pudiera disponer

de mi persona, no sacaremos de nuestras andanzas cosa más preciosa que una duena? Entre los despojos de nuestras guerras, en los reinos que vamos á ganar, habrá, me parece, una como señora que me toque en parte. He oído que los gigantes suelen guardar en sus castillos princesas y doncellas principales, que están suspirando por el caballero que ha de venir á libertallas: quién se opondría á que yo tomase una ó más dellas, cuando hubiésemos puesto en saz á sus raptores? Una podrías tomar, respondió don Quijote; de dos ó más no me hables, por que no podré venir en ello. Eso no fué sino encarecimiento, replicó Sancho: la religion mesma empuja de la multiplicacion de mujeres. Qué entiendes por multiplicacion de mujeres? Que el cristiano no puede tener más de una, ^{á no ser} aun cuando dicen que los antiguos apenas se contentaban con trescientas. Eso se llama pluralidad, magadero, y no multiplicacion ni multiplicacion. Y en lo de tener muchas, es cosa prohibida por las leyes, repugnada por las buenas costumbres, que ya no se verifica sino en las oscuras regiones donde aun no ha penetrado la luz de nuestro Redentor. El Profeta tuvo algunas, cierto; al Sabio no le satisficieron ochocientas: ahora la sabiduria consiste en no poseer más que una, la virtud en no desear muchas. Admirame por tanto que, siendo mi escudero, teniendo por delante el espejo de mis costumbres, vengas á pedirme tres ó quatro princesas para casarte con ellas. Sancho replicó: Ya dije á vuestra merced que ese habia sido puro

modo de hablar: por experiencia sé que con una
 tenemos de sobras, y días hay en que la mitad de
 ella sería demas. Cuando la lengua les sale de
 madre, mejor fuera morir y vivir celibato. Tú eres
 de los que primero se mueren y después viven,
 dijo don Quijote con cierto punto irónico que
 no estaba á los alcances de Sancho Panza, y en
 medio de todo eres celibato: buena próte haga.
 Mientras ganamos las princesas que has menes-
 ter, cállate sobre esto, y dirige si no descubres por
 aquel llano un golpe de caballeros. Tan caballeros
 como Rocinante, respondió Sancho; no son sino ca-
 ballos. Caballos podrán ser los que distingues por
 de pronto: alarga la vista, suéltala toda entera,
 y si no tienes cataratas en los ojos, verás allí dos
 legiones que se mueven á paso de ejército, y se me-
 vienen acercando. Apriate, y aprieta la cincha á
 este mi buen comiliton y amigo. Ahora va el mun-
 do á presenciar el hecho de armas que no se ha vie-
 to en cuanto ha que se pelea bajo el sol. Mira
 aquel reflejar de las espadas, aquel resplandecer de
 las corazas y los yelmos; oye el resoplar de los cor-
 celes, el batir de los tambores. No te asombra el
 ritmo acorde con que tantos hombres adelantan,
 la guerrera simetría con que de miles de cuer-
 pos forman uno solo? Bueno soy yo para de-
 jar que hagan su gusto, añadió sonriendo des-
 denosamente: se habrán de ir por donde vienen,
 y no como quiera, sino traquilados á cruces.
 Qué piensa vuesa merced hacer con ellos? pre-

junto Sancho. Y qué he de pensar sino acometerlos
 y desbaratarlos en cuanto se me pongan á longi-
 tud de espada? Pero así, á humo de pajas, sin saber
 quienes son, ni á donde ó á qué van, señor? Sean
 quienes se fueren, vengan á lo que vinieren, mi
 obligación es no cedérsles una mínima. Y pueden
 venir á cosa buena paganos como los que allí dex-
 cubro? Si tengo el uso catal de mis sentidos, el que
 los rige á todos es Macomoceruna del Ceño, cuyos
 músculos poderosos oprimen ese negro bridon que
 viene pifando y saltando como una bestia del in-
 fierno. Este jayán tiene una hija de hermosura
 incomparable, pero la ha instruido en las ciencias
 ocultas, y es más sabia en malas artes que Dra-
 gosina ó Armida la encantadora; por donde no
 me atrevo á ofrecértela, como que no te conviene
 unirse á una hechicera, la cual á poco andar te
 convertiria en elefante ó en cebon. Dichoso tú si
 te contentara con rovertete minto á semejanza de
 Colidoro y Astolfo. A mí con esa, respondió Sancho;
 maduro estoy para elefante: búsqüeme vuesa mer-
 ced una que sea cristiana junto con hermosa, y
 yo haré quanto sea imaginable para cogarla vi-
 va. Fente en buenas, excedero herbico, repuso don
 Quijote, y mira allí á Ravaracalda el fiero como
 resplandee cubierto de sus armas. Este no va co-
 mo todos; tiene un mirar oblicuo que traspasa
 el corazon al que no lo tiene en medio pecho. No
 te acobtes, y procura herirle en el rostro, que es co-
 mo veneis' César en Jarsalia. Sancho Panza se

despaviló la vista, por si hubiese algo de que prece-
 verse; y cierto de que no venia á distancia sino ~~en~~
 una manga de potros al cuidado de dos ó tres ye-
 guarizos, tuvo por bien llevarle el genio á su amo
 y solazarse un rato, seguro de que no tendria que
 habérselas con Macomocrunas chicos ni grandes.
 Yo sé á donde apunto, dijo: Santiago y cierra España!
 qué esperamos para desbaratarlos y echarnos sobre
 sus despojos? No se ganó harnora en una hora, ~~de~~
 amigo Panza: dejámelos llegar, que yo los distingua
 uno por uno, y ellos me conozcan á su vez. Si
 no saben á cuyas manos acaban, he perdido la
 mitad de mi victoria. No te lo decia yo? ese que-
 rero de las armas gules que trae un almete ^{de} co-
 lor de sangre de toro, es Panzaleo el furibundo. En
 cuanto te sea posible, evita su encuentro: deja-
 melo, y te prometo partirtle la cabeza, exactamen-
 te por la comisura, cual pudiera con un abbarisco
 que. Tan flaco y blando es ese inerédulo, señor, que
 se deje abrir así, como si fuera de mantequilla? To-
 do lo contrario, Sancho, es duro y formidable como
 un oso, y por lo mismo quiero descabezarle á la
 ligera, á fin de causar más admiracion y espan-
 to. Al valiente Fortidof de Miscandoya sí será pre-
 ciso acometerle con toda formalidad, por que es por-
~~zuto~~ como don Diego Garcia de Paredes, y hábil
 como el que más en el manejo de las armas. Se-
 gun le veo, dijo Sancho, ese demonio ha de vivir lar-
 go: nació en viernes, sin duda, para ser tan fuer-
 te y fiero. Si él nació en viernes, repuso don Quijote,

yo nací en sábado, y tú sabes que los que nacen en
 te día son fuertes e invencibles. Allí tienes á Mi-
 cer Pierres de Brece monte, señor de Charni, y á
 Mozen Enrique de Remestan, caballeros franceses,
 enemigos á matar, que llegado el caso se han uni-
 do, pensando que les sería posible vencerme. Fran-
 cesillos á mi, añadió balanceando la cabeza con el
 más gracioso desden; francesillos tenemos... Ven-
 ga Carlomagno con sus doce pares, y le sé decir
 que no he menester de Bernardo del Carpio para
 hacerlo rodar al otro lado de los Pirineos. El que los
 sigue á la derecha, prosiguió, es el gran Tolentino Be-
 rernazo, señor de Moyobamba de las Fuentes, lla-
 mado así, porque en sus estados confluyen tres cau-
 dalosos rios tan ilustres como el Ganges, el Eufrates
 y el Trigris. Tras él camina Pasuna de Chaca-
 huco, emperador de los Mirgas, en cuyos dominios
 se halla el inaccesible Anacuchuma. Este es un
 monte de oro circuido de una laguna encantada,
 por la cual anda girando eternamente en su ali-
 gero bardo la maga Dimitila, custodia desas intac-
 tas riquezas. Cuando llegue el caballero andante
 para cuyo valor está el desencanto dese monte,
 habrá para todos, y la pobreza desocupará el lugar.
 Yo quisiera saber, dijo Sancho, en qué conoce el señor
 don Quijote no ser él mismo, el caballero destina-
 do para ese desencanto? Si no hay más que des-
 panzurrar á una pindonga llamada Filimola,
 para revolcarse en montones de oro, vamos allá,
 dejando para despues el entierro destos paganos.

Yo bices la honra ántes que el oro, respondió el hidalgo: un dia de gloria es más que un siglo de comodidad y holganza. No mata la buena fama, las riquezas pueden matar; y éste es muchas veces el mal de que peor muere uno, el pecado que condena á muchos. Honor, valor, nobleza en los sentimientos del ánimo, arrojo en las acciones de guerra, indiferencia en los peligros, fortaleza en las adversidades, suprimiento en las pesadumbres, tesoros del caballero. Si la suerte me hubiera señalado para el desencantamiento del famoso Anacushuma, habría yo hecho á los hados las más crueles innovaciones, con las más tiqubres ceremonias, á efecto de que me destinasen á empresa ménos perjudicial á mis semejantes. Si te viniese Dios á ver con cien mil duros, buen Sancho, Sancho bueno, seguirías agachando los lomos para comer con el sudor de tu frente? Me faltaria un látigo, respondió Sancho, con que hacer trabajar á mis esclavos? Si roncean, menudito con ellos. Al cabo de cien años, los reyes son villanos, y al cabo de ciento y diez los villanos son reyes: los hijos de mis hijos serán condes de nacimiento, y habré de poner en cabeza de mayorazgo esos duritos, á fin de que no se echen á mal, ni vengan á menoscabar mis descendientes, por haber recaído en pobreza la familia. Holguémonos, que en año bueno el grano es heno; y aquí estoy yo para hacerle ver al rey que tengo mis cinco dedos en la mano. Me acuchillas con tus agudezas, repuso Don Quijote; por

Dios bendito, si te callas? Decirte he solamente respecto desta hacienda, que si todos fueran ricos, todos fueran pobres, por que nadie trabajara, y a fuerza de oro se murieran de hambre. Contenta va la gallina con un pollo, Sancho: no hagas tu por ser el nuevo Midas; ni me espantes la caza con tus simplicidades. Lo que ahora hace a nuestro propósito es, que apadronemos a los enemigos antes de dar buena cuenta dellos. Ves aquel que espero que viene a horeajadas sobre un leon cuya grena esta bñada con su propia espuma? Es el poderoso Filulun, rey de Casigana, gigante sin otro defecto que hilar a la rueca en tiempo de paz, y ^{apocarse} ~~en paz~~ ~~apocarse~~ con tráficos menudos. pues te hago saber que es el padre y el hijo de la codicia. El de la clámide de púrpura bordada, con plata, cuyo tercer alto es de rubies, me parece Bonifacio Pedregal, duque de Busia, tan opulento como bien apersonado. La desgracia es que este gentil manco es inerédulo; de no ser asi, en teniendo yo una hija, por dársela en matrimonio, se la habia de negar al preste Juan de las Indias. Ahora mira a Rafo Miqua de Villute, señor de Capairon y de San Felmo, paladin caporzado que se juega con sus enemigos y los crucifica como a sapos. No ha mucho metió en el alador un capon que se hizo gallo, y le anduvo a traer por enseña en los combates. Era ese un felon llamado Merino Maulino, que de motinero, con su máscara de harina, habia sido hecho gobernador de una insula, bien

como tú lo fuiste de la tuya. No me le vayas á confundir con Guarino Mezquino, marido de Antinigue, el de la casa y alcurnia de Mongrana: este Merino Maulino es de los Capoches y los Tochos de Quicapineha y Tangaleo, lo más ilustre de Mabató. Allí tienes por último al temeroso Fidelio de las Sombras, consorte de la siseuba Mordigena, por cuyas artes ha vivido ya quinientos años, y término lleva de no morirle en ochocientos, si hoy escapa de mi enojo. A este le has de conocer por la serpiente negra que trae enroscada al brazo, y por el dragón boquiabierto estampado en ese su escudo de color de fuego. Cuidado en no tropezar con ese vestiglo: si no acostumbra alfanje, cimitarra, tajan, gumbia ni escarcina; desengarabata su culebra, y con ella te sacude el pezcuzo, de forma que raras veces no te deja muerto á la primer ahorcada. Yo mismo no le acometeré sino provisto de algun collar maravilloso, semejante al que la princesa Polixena le puso á don Belianes; en su defecto, será bien untarse el cuello con alguna rara sustancia que sirva de antidoto á la ponzoña dese reptil inmundado. Por si ó por no, señor don Quijote, dijo Sancho, no podría vuesa merced darme hoy mismo una porcion dese antidoto: ¿antidiallo? Voto á Tudas, respondió don Quijote, si tuviera á la mano esa sustancia, la dejara yo para mañana? Sancho repuso: El combate va á ser hoy, y dejamos el preservativo para cuando estemos en la otra.

Mas haya esa comezon de hablar, don tonto, dijo don Quijote; ahora me despuntas de ergotista... Desde cuándo te hallas en aptitud de contradecir me con tus sutilezas, villancios? Fue tarde para el bálsamo con que te salvé la vida en el castillo del moro encantado, cuando por desmayo o por falta de valor te dejaste apalecar por esos infames yanguieses? Dijo la sarten a la caldera, terte allá, cul negra, respondió Sancho en voz de bajo que bien oyó y entendió su amo; el cual no teniendo por decoroso ponerse a reñir con su criado en presencia del enemigo, desdennó la puelle, se encapó el casco hasta las orejas, y acomodándose en la silla, dijo: Pueden ahora venir juntos Gadalon, Gadalote y Galpataofo, y cuantos ejércitos hay en el mundo: nadie me hará retroceder, nadie pasará por aquí sino después de haber dejado la vida en la punta de mi lanza. Ve al encuentro desos caballeros, Sancho, y preguntales por qué tardan. Como emisario de guerra, habrán de respetarte, y sobre mí si algo te sucediere. La recua había desaparecido en una quebrada, y era probable que al comparecer arriba don Quijote la acometeria con su presteza de costumbre. Pero el camino de los yeguarizos era por abajo, y costeando una loma, echaron por las dehesas a donde se dirigian. El caballero se daba ya a todos los diablos, y acusaba de cobardes y traizistas a sus enemigos, cuando volvió Sancho diciendo: Que me mantén, Señor don Quijote, si aquí no hay ensalmo y

mirgomanca: de arriba abajo veo, y busco y desafío, y no responde más gigante ni moro que una esbra que está paciendo en el matorral. Por el alto firmamento, exclamó don Quijote, que les he de seguir, y aun cuando se hayan ido en humo, los he de alancear á todos. Y apretando el azicete con vivo empeño, consiguió poner á Rocinante á un ridiculo trote, que ^éthuro por galope tendido, el cual no duró mucho, siendo así que á poco andar se hallaba la quebrada. Leó don Quijote la vista á un lado y á otro, contempló, observó, hucmeó, y de manera de poner espanto al cielo sottó la voz á estas razones: Cobardes caballeros, dónde estáis? dónde os habeis metido? Yo soy, aquí estoy! Salid de bajo de la tierra! Don Quijote de la Mancha no acude á sutilezas ni arditos; sólo se jia de su espada. Señor Macomoceruna, dónde está esa valentia? y vos, Solentino Revernazo, y vos amigo Mircamboya, en vano os convertiréis en sabandijas, porque aventaré las piedras, cerniré la tierra y os castigaré en sus resquicios más oseuros. Diciendo esto, empezó á menudear lanzadas al aire en todas direcciones, picando á su caballo, cual si en efecto estuviese rodeado de enemigos. Cuando juzgó harta de sangre su lanza, tiró por la espada, y ora de punta, ora de vuelta, hizo estragos tales en la atmósfera, que si ésta tuviera vida, no hubiera menester maestro. Sancho Panza estaba embelesado en la batalla de su amo, contemplándole con una cara beatissima: A quienes

~~está~~ ^{extremando,} ~~extremando~~ vuesa merced, señor don Quijote de
 mi ánima? dijo al fin: mire que gasta en vano
 sus bríos; al enemigo le suda el hipo a siete leguas,
 según la presteza con que se puso en cobro. Detúvose
 don Quijote, y respondió: A siete leguas ó a dos pasos,
 todo puede ser. Si en esto anda metido algún sabio
 enemigo de mi gloria, lo más cierto es que me los
 ha vuelto invisibles, por frustrarme uno de mis
 mayores triunfos. En este caso he hecho bien de
 acobillarlos en globo, y allá se avengan con los
 miembros que les he derribado en el suelo. Si no
 fueran invisibles, sería cosa de ver, repuso Sancho,
 enterarse uno con la nariz de otro, éste con la ca-
 beza de ese, y el que fuese chiquito encaramarse en las
 piernas de un gigante. Como ya ha purgado vuesa
 merced el aire desta casta infame, no sería malo
 siguiésemos adelante, a ver en donde comemos
 algo y pasamos la noche. Pensar que he de dor-
 mir también ^{hoy} bajo de techo, es no conocerme, respon-
 dió don Quijote. Lo pasarás tu como quisieres, come-
 rá's lo que te gustare: en cuanto a mí, tengo un mun-
 do de atrasada melancolla, y un siglo de pensamien-
 tos con que alimentar el alma. La princesa que me
 senorea anda torcida conmigo, a causa que no ha-
 go alguna señalada demostración de pesadumbre.
 Así como don Amadís se retiró a la Peña Pobre, lla-
 mándose Beltemebriós, así voy yo a buscar esta
 noche un lugar agreste donde pasarlo toda apo-
 yado en mi lanza, fija la memoria en la divi-
 na Dulcinea. Hasta cuando lleguemos al sitio —

donde he de hacer esa penitencia, no dejará de ocurrirme un nombre adecuado para la situación de mi ánimo: Quitijombrin el nebuloso, vertigracia. Cuántos días hizo penitencia ese Belte-nebrós que dice vuestra merced, señor don Quitijombrin? preguntó Sancho. Algunos años; mas yo me habré de contentar por lo pronto con algunas horas; ni será tan inexorable Dulcinea que no perdone lo demás, puesto que; mientras estoy conculmiéndome en la Peña Pobre, depraudo de mi protección a los que della necesitan. Ahora ven acá, villano empalagoso, quién te autorizó a llamar me Quitijombrin, así tan inmediatamente, antes de que yo lo hubiese resuelto? Ese nombre no fue sino una suposición, una probabilidad que bien podía no pasar a hecho efectivo, así como estoy en potencia de llamarme Belinfanz, Turbioamor, o el Doliente Caballero. Pues cómo te debo llamar hasta cuando vuestra merced acabe de bautizarse? dijo Sancho. No lo sabes, truhan? Si tomo una rara denominación conexas con algunos de mis famosos hechos, se entiende que eso es a manera de nuevo timbre, y como cédula de mis proezas. Pero cómo, mi a ~~to~~ efecto de que oscurecer y relegar en el olvido el más sonoro y fundamental de los vocablos, con el cual he venido a ser conspicuo por todo lo descubierta de la tierra? Don Quijote fui; don Quijote soy, don Quijote he de ser, aun cuando por un instante me plazca llamarme de otro modo. Sancho replicó: Los apelativos en bin y en brós me suenan

con más tono que los en ote; y áun pudiera ser que llamándose vuesa merced Quijotimbriós, mamásemos la cabra ántes de lo que pensemos. He de atenerme á lo que á tí mejor te suena? Con oído nació vuesa merced para la música de las terminaciones, señor Garcilaso, y á su condición pertenece dar reglas de caballería á los amantes... Como en esto le esturriese mirando con sesga é inflamada vista, Sancho vio todo aquel cielo nublado pronto á resolverse en palos sobre sus costillas, y se puso á hacer la seráfica con tal maestría, que don Quijote echó á la parte de la simplicidad lo que tal vez era obra de malicia, y depuesta la cetera, siguió adelante, siempre á la ventura.

(De la Avaricia)
Capítulo XIII

El tratado de la Avaricia. *Suprimido*
Donde se descubre la ingeniosa manera que usó el cura para dar su banquete, sin que le costase un maravedí, y se trata de Sancho Panza y la revuelta en que se vio metido muy á pelear suyo.

En tanto que el amo esto pasaba con aquel gremio eclesiástico, el criado á su vez comia con la gente de casa y otra de la calle no poco numerosa. La fama que el vicario no era un Cimón, y que nunca se vieron pobres á sus puertas, aun cuando sus proventos fuesen cuantiosos, y le sobrasen para el bien de sus semejantes, en siendo caritativo. Banquetes, nunca en la vida: todo era quejarse, morirse de hambre, pedir, socoñinar, y aun trampear y extorsionar con mengua del pundonor, y hasta de la honra. La avaricia suele ser algo sacerdotal: se inclina á alojarse en los curatos, donde vive á su genio, sin que las exigencias de la corte le obliguen á gastar dos velas, ni la importuna sociedad humana esté reparando en el vestido. Oln manto le dura media vida, si es durar el ir flotando arambeloso y sencillo. La avaricia es insociable, porque teme oler al dinero que cuenta cada noche, y por lo mismo que para ella es delicioso ese tujillo, desea no lo perciban los demás, pues otra de sus prendas es el

egriemo. Si llega un huésped a su casa, grita desde adentro: ¡Díganle que estoy enfermo! Si un pobre gime a sus umbrales, mándale que vuelva. La avareicia es ignorante: no sabe que en pudiendo dar hoy mismo, no decimos: "Vuelve, mañana te daré." Con toda su ignorancia, tiene su filosofía: se acomoda a lo humilde, se contenta con poco, nada exige de sí misma. Abstinencia, continencia, humildad son cualidades esenciales en ella. Pero no le faltan sus defectos: se queja de la fortuna, y maldice de sus semejantes: es muy desgraciada, no tiene que comer ni que vestir, todo lo ha perdido. Los tiempos son calamitosos; las cosas de primera necesidad, carísimas. Licha pésquetos contra los vendedores; no hay quien no le engane y le robe. En sus dependencias y negocios, le quitan la capa: el zapatero es un ladrón, el sastre no existe. Lo que puede hallar de balde, no compra: siendo preciso comprar, opta por lo usado, lo viejo. El buhonero es su proveedor: éste da todo barato: sus bujertas son tan buenas como, y aún mejores que las de la tienda mercantil. Si le faltan anteojos, los halla a precio cómodo, que han servido a una viuda, encajetera, un boticario, un alquimista, y de generación en generación han venido a parar al puente, donde el mereachifle tiene su cajón al lado del ciego limosnero. El libro que necesita, hélo allí, sobado de mugre, roído de insectos, careomida la pasta, amarilladas las hojas; pero lo compra, pues dice lo mismo que el dorado y flamante que se gallardea en rica librería.

pregonando insolente su valor de príncipe.

La avaricia es muy despreocupada: no si- que las modas, desprecia el qué dirán, no muda sombrero por nada desta vida, aun cuando las materias sebáceas le corran en hilos á lo largo del rostro, y resplandezca al sol como de plata. Otras veces el avaro está de moda, es á saber, cuando vuel- ve lo que privaba ahora cuarenta años.

La avaricia duerme poco, es vigilante; su cama, no mejor que la de un santo. El estregar las ma- nos y el quejarse de la temperatura son los quantes y la sobreeste del avaro en tiempo frio: en la esta- cion del calor, está perfectamente con su chamberga de paño burdo. Recia, contra el clima, pero tierna y sentidora la avaricia. Ama, y se apasiona: su amante es el dinero, adora en él: no es una virtud el amar mucho? La avaricia tiene esta propiedad, y en grado superior, endiosa al objeto de su cariño, bien que su culto es antireligioso. Ayunanta sem- piterna, come para vivir, no vive para comer: si por las privaciones y la abstinencia se va uno á la gloria, ella la tiene ganada, y volará á sen- tarse junto con la hipocresia, esa matrona vene- rable que oye misa puesta en cruz, besa la tierra á cada campanillazo, y se da de moficones en el pecho, cabizbaja, cerrados los ojos. La avaricia detes- ta el lujo, aborrece á los que andan bien traídos y garbados con ese despejo señorial que comunican á la persona la pulcritud y la elegancia. En el ho- gar es austera y repunfionona, prolija y hacendosa:

todo tiene medida, y cada dia quiere ahorrar un poco más, cercenando de lo necesario, que para ella es superfluo. El pan es cosa de ricos; el dulce, de golosos; el vino, de borrachos: si no hay una cosa, no se compra! piensan que está podrido en plata.

No siempre se ordena ese personaje: en ocasiones se decide por la toga, y es buen abogado. Si el litigante anda escaso en las ofertas, la causa es mala; si sube el precio, no es imposible ganarla; si puya todavía, la causa es buena, y se promete sacar sobre sus hombros al que se fia de sus luces y su providad.; Gotilla más advertido!

En su casa, todo es un puro desperdicio con esas mujeres indolentes que no han de parar hasta no verle con bordon por puertas ajenas. Las enfermedades de su familia las cura con yerbas: la botica es un emporio de venenos, un tribon el boticario. Le irrita de que otros medren, y piensa que en ello le depraudan. El gana mucho, y todo lo esconde, lamentándose sin cesar de los tiempos que alcanzamos. Siempre está atrasado: la mujer y las hijas le arruinan con ese gastar sin término, como si él fuera un potentado; y andan las pobres con zapatos en chanquete, manto descolorido, y una saya contemporanea de Pelayo.

La avaricia es todo, pero huye del libertinaje: el libertino es maniroto, sus bienes de fortuna se le van por los placeres, cosa del todo contraria á esa madre del hambre. En hallando vicios de

balde, ó sobre tarja, el avaro se duerme en ellos sin cuidado, como quien sabe que no es suyo el pagar deudas. La avaricia piensa de buena fe que todo lo merece, todo se le debe, y el acumular della importa más que el gastar en lo necesario de los otros. Nunca se le tiene más gustoso al avariento que cuando se le hacen regalos: pedirle algo es despertarle la cólera; obligarle á dar alguna cosa, es asesinarle. La avaricia tiene estrecheces por donde no pasa ningun apesto noble. Cuando niña se llama mezzuinada; madura, toma el nombre de codicia; vieja, ya sabemos como se llama. El muchacho mezzuino, de seguro será hombre codicioso y viejo avaro.

Nadie entre á casa de un mezzuino á horas de comer: más que imprudencia, es atrevimiento el meterse por sus puertas cuando está mascujando su ralea, bien que eso no sucede sino por su propio descuido: el comer es en el codicioso como ^{el} hacer una muerte: atranea la puerta, se oculta, y no responde si se la echan al suelo. El pobre es ingenuo y franco; raras veces se ruboriza de la sencillez de su casa: el rico-pobre, esto es el avaro, todo lo esconde, se esconde para todo, porque todo en su hogar anda revuelto en la miseria. Hace bien de ocultarse: si á él no le gusta le sorprendan, menos gusta á los demas enterarse de sus ruines costumbres.

Alnos arquitectos oprecieron á un romano ~~+~~ á ilustrarle su casa de modo que por ninguna

parte diese cabida à las miradas de los transeuntes ni de los vecinos, mas no por menos de tres mil sesterceios. Téis mil os doy, contestó el romano, como me la hagais de suerte que por todos los lados se le vea el interior. La avaricia no juzga de este modo; àntes quiere tener fueros inviolables. Si en su mano estuviere cerrarle el paso à la luz, viviria llena de júbilo en tinieblas. La mezquindad es una larva inmundada: cuando esta madura, se convierte en avaricia, bien como de la rata vieja se forma el murciélagos, segun que piensa el vulgo.

En el huésped de don Quijote se daba la mano con Harpagon, mucho que lo afirman las historias; pero es lo cierto que ese dia todos nadaban en la abundancia, pues à puerco de ingenioso el cura habia imaginado el modo de servirle un banquete à ninguna costa; y era imponer sobre sus peligroses una contribucion de platos de todo linaje, con decir que era cosa de la Iglesia, y que yendo la Virgen en persona por la madre, seria poco cristiano el no festejarla con alguna piadosa demostracion à su regreso. Gravó, pues, con un manjar à cada familia de viso, tal que sus manteles se cubriesen tres ó quatro vueltas, y los postres fuesen acomodados à agradecerlos à su Santidad en persona. A una impuso las sopas, à otra los asados; à esta los rellenos, à esa las ensaladas; las tortas à cual, los dulces à tal; à la de acá el pan, à la de allá el vino; y así fue

El poeta adora al sol, tiene ~~amores~~ ^{amores} con la luna,
 quina a las estrellas: el poeta ^{quiere con espíritu} admira la monta-
 ña, contempla los arroyos, se engolfa en la oscuri-
 dad y el silencio y les apranca sus secretos: el poeta
 seduce a las flores, se mira en la fuente rústica,
 llora con la tórtola desconsolada: el poeta es la cre-
 ma del género humano, espuma ^{delicada} ~~rara~~ ^{de} ~~los~~ ^{de} ~~los~~ ^{de}
 liciosa, que no se levanta sino cuando las pasio-
 nes hierven en el corazón al soplo de las Musas,
 y arde la inteligencia puesta al cuidado de una
 vestal divina. Esa crema no gusta sino al paladar
 formado para los manjares de los dioses, y comu-
 nica al que la saborea una cierta iluminacion
 interior que le impete hacia el Olimpo teniéndole
 levantado sobre el viento. Los poetas no son muchos;
 los que los comprenden y los aman son muy pocos.

No todos tienen obligacion de serlo: ¡dichosos los
 que gozan de esa prerrogativa! Pero hay entre los que
 no lo son unos ménos sensitivos que otros, cuando los
 hay del todo ineptos, porque la bronquedad de su pecho
 no da toque a la belleza. Un árbol antiguo, pomposo,
 gigantesco, donde ardecian los vientos y el águila se
 sienta, cosa es de suma poesia: sus ramas se abren
 al rededor como los cien brazos de Briareo: sus hojas
 susurran con murmullo profundo, cuando la brisa
 le inquieta y le conmueve: la sombra se derrama de
 su prondosidad, y oscurece y repesea un círculo vas-
 tisimo: sus raíces abren la tierra en todas direccio-
 nes y se agarran como uñas poderosas: alli se está ese
 gran personaje de la naturaleza causando admira-

ción de día, infundiendo pavor de noche.

Pues el dueño deste árbol lo derriba: estaría bien castigado con la horea el asesino? Rayo, fuego, hacha de los enemigos, todo, todos le han respetado trescientos largos años; y un día le ocurre á su dueño sembrar habas en el espacio que él ocupa, y en media hora lo echa al polvo: sería más criminal el que oradase el mundo y lo hiciese volar en pedazos? Hombres hay que abandonan en una playa pedregosa al caballo que de viejo no puede ya servir; amos que por fuerza dan la libertad al esclavo anciano ó enfermo, y libre, le ponen en la calle cuando no puede ganar la vida; no ha de haber dueño que derriba un árbol centenario? Pero de dónde sabe el monstruo qué secretos divinos sepulta en el olvido con esa destrucción sacrilega? De dónde sabe qué esencia concretada y preciosa han depositado los siglos en ese hijo de la tierra? De dónde sabe qué hace allí ese monumento vivo, y qué santas relaciones tiene con la madre naturaleza? Todo lo acometen los impíos: los toscos, los prosaicos, los de entrañas groseras son impíos, y andan ofendiendo á cada paso á esa divinidad amable que se llama poesía. Estos cortan la lengua alruiseñor, porque les incomoda su gorgojo; y si pudieran echar agua sobre el lucero que está ardiendo en la bóveda celeste, lo apagarían. Estos no son poetas.

Don Quijote y el obispo de Jaen lo eran más que el propietario de aquellos cipreses: ya de miedo del uno, ya por respeto hacia el otro, el viejo se excusó como pudo, y se ratificó en la promesa de no llevar adelante obra que en ninguna manera habia juzgado digna de vitu-

Capítulo XXXVIII

459.

Donde se da cuenta del grave asunto que trataron algunos de los personajes desta historia.

Se habló de puntos varios, y de una en otra vinieron á discutir el tan ameno de las letras humanas, como que el marqués de Parambaina tiraba siempre á esa materia, donde su crédito ingenio solía dilatarse en oracion esplayada y grandiosa. Varias veces coronado en el seno del hogar doméstico, su fama entre los suyos era de gran ^{califico} filósofo y poeta; ni él la daba por ménos, y se ponía sobre todos, rebajando á los demas hasta verlos para abajo, áun quando para esta superioridad hubiese de encajarse sobre un asno. Si Virgilio Maron salia con bien de entre sus manos, siendo el censor como era, tan prolijo y minucioso, que en el centro del mar cogia un infusorio, y cortaba un cabello en el aire de manera que no le mostrara tanto garbo y desconfianza. Es propia de los malos críticos la habilidad para descubrir los defectos más ocultos; la envidia suele tener ojos de linces: donde no halla defectos, escatima, corrompe, finge sin rubor, y plaga de ellos la obra más pulcra y remirada. El mérito de los demas es una deuda para el envidioso: se vale de testigos falsos, y la cobra con daños y perjuicios. En quanto á las bellezas, no las quiere ver, y acaso no las descubre de buena fe; la ojeriza se las aparta de los ojos; y como procede con una vil tracción, cual es el descrédito del

Un poco de tiempo

Y autor, no hace mención sino de las jealdades, echando tierra sobre los primores. O bien le falta el brío del ingenio, y aquel aliento largo y poderoso que necesitamos para descubrir y coger las perlas en el centro del océano: el alcornoque, la alga-ova y las impurezas del mar flotan hacia la orilla à la vista y, à la mano de cualquiera.* Estaba el marques en lo jino de zarandear à Garcilaso, mondamdo y escardamdo sus églogas, como temia de costumbre, cuando su hermano don Alex Roman de Mayorga vino en su apoyo, y una vez que el primero no hubo dejado hueso sano à Forge de Montemayor, à Gaspar Gil Polo ni à los Argemolas, el segundo trajo à la colada à Lope de Vega, y dijo: Miren vuestras mercedes esa reina de Francia que está pariendo en el primer acto; y en el siguiente sale su hijo el mancebillo Valentin atusándose el bigote con aires à Hierabrais. Pues con razon se ha dicho:

Quien sin apuntarle el boso
Salio en el acto primero,
Saca al último unas barbas
Como baron el barquero.

San Amaro endereza; en otra comedia, su camino hacia el paraíso terrenal, donde se deja estar doscientos

* Errors like straws, upon the surface flow;
He who would search for pearls must drive below.
Dryden.

largos años, al cabo de los cuales claudica su buen
 juicio, y regresa a España. Dos siglos encerrados en
 una pieza de teatro: ¿no es esto declararse dueño
 del tiempo y echarlo por la ventana? Si él estuviera
 sujeto a diminucion, nada quedaria para los veni-
 deros. Vayan vuestras mercedes gastándose dos o tres
 cientos años en un entremés, y la eternidad misma
 vendrá a menguar y peligrar con semejantes apor-
 tladuras. Esta es rigurosa observacion de la unidad
 de tiempo, si miramos a la comedia de la Conquis-
 ta de España por los árabes y su reconquista por
 los godos: una paturata de ocho siglos. Don Alejo Ro-
 man de Mayorga estaba en lo justo; pero su herma-
 no, que no podía suprir que nadie tuviese razon, sos-
 tuvo que el ingenio no reconocia límites en el tiem-
 po ni el lugar, y que lo único bueno que habia en lo
 se era aquel desdén con que miraba las trabas de
 los antiguos. Nadie le dijo nada a esto, aun cuando
 fuesen notorios el absurdo y la mala fe; pero cuando
 siguiendo ris arriba pasó a censurar a Virgilio sobre
 que habia hecho a Dido querida del lloron de Eneas; y
 sobre que Turno era un héroe raquítico; y sobre Polido-
 ro convertido en árbol; y sobre la marrana y sus ca-
 chorros, y aun sobre el cinturón de Venus, Don Pru-
 dencio, hombre de juicio recto y apasionado a lo antiguo,
 no lo pudo suprir, y respondió con cierta irónica man-
 sedumbre: He visto que para juzgar de las obras ajenas
 necesita uno tres cosas, — cunecia, benevolencia y osa-
 dia. Nadie puede hablar ~~tan a pata llana~~ acerca de los
 grandes autores de la antigüedad, sin reconocerse de

hecho investido de la sabiduría que en tan arduos juicios requerimos. Ciencia, igual ó superior á la del autor; ¿ cómo de otro modo juzgar de sus aciertos ó sus errores? Conviene mucha circunspeccion, dice el maestro de las humanidades, cuando tratamos de los ~~clásicos antiguos~~ ^{clásicos y cultores}; no sea que por ignorancia venga mos á condenar lo que no entendemos. Es así; y aún por esto viene á ser indispensable el otro requisito, — la osadía, que presupone ciencia, sin la cual todo atrevimiento es declarada sandez ó locura. El segundo es la ~~benevolencia, virtud que no debe faltar ni en el pecho del juez de rigor, cuya obligacion es quedarse á la estricta justicia, menos en el de los que en jueces se conati- tuyen sin más título que su arrogancia, y por ventu- ra sin el caudal de conocimientos necesario para tan gran negocio. Yo pienso que no hay profesion más complicada y difícil que la del censor literario, por cuanto es maravilla encontrar uno en quien se ha- llen reunidas estas tres excelsas propiedades, cien- cia, benevolencia y osadía: un sabio bondadoso y atre- vido que poniendo las cosas en su punto, sabe guardar el temperamento con el cual conviene de error, sin escar- necer al que lo ha cometido, debe ser hombre de los ma- da comunes.~~

Y justamente, respondió don Alejo, es la ciencia más fácil y acomodaticia: la ciencia, digo, de juzgar á nues- tros semejantes, y condenarlos, que sean buenos, que sean malos, si les tenemos envidia ó aversion; salvarlos y declararlos superiores, si son de los nuestros. Principios morales, políticos, literarios; pensamientos, conducta, to-

ma es ancha como un aventador, monigote fermentido^o y áspera, no carraeposa, como una piedra pómez, baratero^o? y sus dedos rehechos y nudosos, espía de ladrones? No os haré ver que el anecho, el nudoso, el carraeposo sois vos, señor tunante! Y le hizo ver en efecto eso y algo más con un gentil porrazo en la cabeza, ~~donde por un tris no rompe el asta de su lanza.~~ El bueno del escudero estaba muy hecho á llevar palos; más cuando se los daba su señor, venia como á sentirse, con decir que así le pagaba servicios y cariño. Pero como una de sus prendas más sobresalientes era la humildad, no echaba plantas sino cuando veia de mucha paciencia á su amo; ni la historia ~~da~~ da noticia de que se hubiese puesto á contrastar con él sino una vez, y esto por librarse de ser amarrado y azotado; es decir en ejercicio de un natural derecho. Oficio este trozo

Todo el que tiene las fuerzas necesarias para defenderse de una pena infamante, debe servirse dellas contra sus opresores injustos, como no sea de padres á hijos, entre los cuales no caben esas penas, y se ha de suponer que lo que con ellos pasa tiene por fin la obligacion del uno, el provecho del otro. De ~~amos~~ á criados va mucha diferencia: con éstos suelen usar de injusticia y barbarie los hombres violentos; en este caso ningun medio más eficaz de salvacion que la humildad, porque esta prueba de plaguesa, respeto y sometimiento apaga la cólera como una mirada de Dios, de quien procede todo remedio. El que castiga sin enojo, cumple un triste deber, ó lleva

adelante un horrible sistema: si no hay positivo, debe por lo menos haber cólera facticia para dar una cruda punición: sólo las leyes castigan, no por irridadas sino por justas e inexorables. ¿Mas para qué nos hierve la sangre en las venas sino para hacer sentir que vivimos y nos animan pasiones?

Mucho más sabio me parece aquel filósofo que en un arranque de furor contra su criado corre y se encierra en su aposento, que el otro cuya serenidad se extrema hasta lo inverosímil, pues se está leyendo tranquilamente mientras desuellan en su presencia un hombre á latigos. Temor, clama la víctima, vos predicais el suprimiento, enseñais la dulzura á nuestros discípulos, y sottomais la rienda á la ira con nuestros servidores. Por dónde ves que yo esté con ira? responde el filósofo. Y dirigiéndose al verdugo añade: prosigue, amigo, mientras nosotros dilucidamos este punto.

Si el ánimo sereno, ni la grandiosidad de apreciones de un filósofo. Bien se puede creer que bajo esa montada calma obraba el odio irritado, siendo imposible castigar de esa suerte sin cólera excesiva. Conviene una mediana exaltacion para acertar en lo justo: ni un monstruo de paciencia filosófica, ni un monstruo de furor y desapoderamiento. Lo preciso ser del todo malo, para maltratar sin ira á un hijo ó un criado; y ha de ser muy imprudente el que no se encierre cuando se encuentra enfurecido: en este caso la pena no guarda proporcion con la culpa: la ira es ~~un~~ pésimo regulador de las acciones.

Tancho Panza era de suyo humilde, su amo de buen

Capítulo XLVII

576.

Copier

De lo que les sucedió á don Quijote y su escudero mien-
tras andaban descaaminados por Tierramorena.

Descripción de la tarde

Dos dias ^{andado} ~~caaminado~~ los aventureros sin que les hubiese acontecido cosa digna de memoria, y se hallaban por las faldas de Tierramorena solos y sin camino. Esto era lo que le convenia á don Quijote: se imaginaba ver dentro de poco, ya una doncella andante puesta sobre un leon á mujeriegas, ya un jayán llevándose robada un príncipela, ya un enano que le traía una comision amorosa de su reina y senora. Embetido en estos pensamientos, ibase por esos matorrales, baxa la cabeza, floja la rienda, el paso á la voluntad de su caballo. Era tarde, y de las más hermosas, desas en que el firmamento se viste de pontifical, rodeado de púrpura, grande, resplandeciente, soberano. Su bóveda estaba limpia y azul por los ámbitos superiores, azul-oscuro que diera una idea de la noche del cielo, si noche hubiera en las regiones de la luz eterna. El horizonte circuido desas nubes que arden sin calor, bañadas y penetradas por los rayos del sol hundido ya en un abismo luminoso; nubes en forma de alcázarres y domos, ó á manera de torres gigantescas: unas moviéndose blanda y majestuosamente envueltas como vellones enormes; otras en figuras de animales inauditos erizados de oro, con cabezas y co-

las formidables. Algunas nubecillas descarriadas vuelan entre tanto por lo alto de la concavidad celeste, prendidas en suave fuego de color de rosa, tan leves, tan puras, tan bellas, que sin esfuerzos de imaginacion la poesia ve en cada una un serafim ^{que está} viajando por el universo. La montana resplandecia hacia el oriente, cubiertos los hombros con una muelle de oro, mientras la oscuridad, ganando trecho por sus faldas, va persiguiendo á la luz que se escapa por las cumbres. A ciertas horas el cielo es un poema sublime escrito por la mano de Dios en caracteres dignos de la belleza infinita: cuando se oscurece y truena, y una ventisca helada ^{agota} ~~resaca~~ la tierra, el cielo es una pimebre elegia. Don Quijote de la Mancha no era insensible á los primores de la naturaleza; esta ocasion empero, todo metido dentro de si mismo, absorba su alma en sus memorias y esperanzas, no echó de ver la grandiosidad del mundo, y con cuanta pompa y magnificencia le cobijaba la bóveda celeste. Nada bastara para sacarle de sus pensamientos, sino algo que oliese á aventura, con respecto á las cuales su animo y su brazo estaban siempre listos.

"Por las cines Magas de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de Maria Santisima!" exclamó por ahí una voz cascada y muerta de hambre; "¡oh, una caridad á este pobre ciego". A Pancho Panza se le fue la sangre á los zancajos: las palabras no podian ser más católicas; pero en nada confiaba yendo por semejantes despoñados. Era el de la depreca.

que de súbito se les mostró á la vista. Era un ca-
 dáver tirado por el fango: tres ó cuatro perros se esta-
 ban aprovechando de él, en tanto que algunos cuer-
 vos esperaban su vez, parados sobre un elecho. ~~Se~~
 apartáronse los perros muy de mala gana al lle-
 gar gente, y se dejaron estar á cuatro pasos, vol-
 viendo al regosto con lamerec golosamente las na-
 rices: mechones de pelo enredados en los dientes
 de uno dellos indicaban que ese habia acometido á
 la cabeza, mientras que otro tenia entre los su-
 yos un giron de la tela que arrancara con car-
 nes y todo. Paróse don Quijote, Sancho se quedó co-
 mo un baucan, y tiera al traves consigo, si la
 voz de su señor no le reanimara diciendo: este sin
 duda fue un bandolero á quien la Santa Her-
 mandad asactó donde lo echó mano, sin que
 fuese deber suyo llevarlo á Perabrillo. No te mue-
 ras, Sancho, y mira lo que hacen Dios y el rey de
 los malvados. La una mejilla estaba desgarrada
 junto con el labio superior; encias y dientes se
 reían de por sí diabólicamente: el ojo izquierdo se
 lo comió una ave inmunda; el derecho ha salido
 de su cuenca, y está colgando sobre esa horrible ca-
 ra. Al descubrir la soga que se perdía en la hin-
 chazon de la garganta, dijo Sancho: Dios nos
 guarde, señor: este ha sido ahorcado: mire allí
 vuesa merced el otro cabo en ese árbol. Lo colga-
 rian para asactarlo, respondió don Quijote, y
 como lo pusieron á toca no toca, los perros han
 dado con él en tierra. El brazo trae desnudo has-